



ROMANCE MISTICO

DEL GIGANTE CANANEO

SAN CRISTOVAL MARTIR.

Refiérese como por orden de Jesucristo dejó de ser general de ejército del Rey Dagno, y como por revelacion de un Angel fue á buscar la compañía de un ermitaño; y como el mismo Cristo le dió el nombre de Cristóval, con otras particularidades que verá el lector.

PRIMERA PARTE.

O Montaña de virtudes!
 ó fuerte pilar del cielo!
 ó lucido Peregrino!
 ó famoso Cananeo!

hoy intenta mi discurso
 con vivo y ardiente celo
 referir á mi auditorio,
 desde vuestro nacimiento,

hasta el fin de vuestros días
maravillosos portentos.

Ea, lengua, no te turbes;
ea, rudo entendimiento,
no desmayes; ea, pluma,
levanta pronto tu vuelo,
que si el auxilio te asiste
de la Emperatriz del cielo,
á cuyo favor me acojo,
fácil será el desempeño.

Atencion, noble auditorio,
que de esta suerte comienzo.

Era esta famosa Torre
de su nacion Cananeo,
y el Rey Dagno lo eligió
por General de su ejército,
al cual sirvió algunos días
llenando muy bien su empleo.

Y viendo que este no era
el camino verdadero,
se dejó al Rey de la tierra,
por servir al Rey del cielo.

Fue al Rey y le dijo: señor,
ahí teneis el baston vuestro,
guardadle, pues yo no soy
para servir el empleo.

Se parte con diligencia,
por inspiracion del cielo,
peregrinando y pensando
quién fuese el Dios verdadero.

Lleno de mil confusiones
y sutiles pensamientos,
se le apareció el demonio
en traje de caballero,
y le dijo estas palabras:

¿á dónde vas, Cananeo?

¿Quién eres? le replicó.

Y le respondió diciendo:
yo soy el mayor señor,
y vengo en tu seguimiento;

con que si quieres seguirme
lograrás todo tu intento.

Y en que forma (le replica)
eres tú el superior dueño
del mundo? Y responde: en que
está todo á mí sujeto.

Entonces, dijo el Gigante:
pues yo servirte pretendo,
que en tí he venido á lograr
lo que apetece el deseo;
vamos donde tú quisieres,
que á tu obediencia contento
rindo todo mi albedrío.

Dijo el demonio: ahora quiero
que crucemos este monte
para lograr cierto intento.

Se subieron por el monte;
mas, ó poder tan supremo
de Dios Todopoderoso,
que por tus justos secretos
te dignaste libertar

de multitud de tormentos
á este famoso Gigante!

Y fue, que estando en el medio
del monte, se abrió una peña,
y se descubrió el excelso

Madero, ó sacro Estandarte,
donde murió el Verbo Eterno.

El demonio amedrentado,
confuso, turbado y ciego,

se quedó; mas el Gigante
volvió su rostro sereno,
y le dijo: de qué tiemblas?

dime ¿de qué tienes miedo,
si dices que tú eres solo
del mundo absoluto dueño?

¿Luego tiene mas poder
que tú este sacro Madero?

Con que así me has engañado,
que no eres Dios verdadero,

que en Dios no cabe temor;
y tú temblando de miedo,
corrido, inmóvil, pasmado,
te has quedado en un momento,
y no te quiero seguir,
que eres falso y embustero.
Y así el demonio burlado
desapareció al momento.
La vista inclina el Gigante
al Estandarte supremo,
y oye le dice un ángel:
Cananeo, Cananeo,
aliéntate y no le sigas
á ese malvado y horrendo
demonio que te despeña;
y advierte que ese Madero
es el mismo en que murió
Cristo Rey de tierra y cielo,
el que ha de juzgar el mundo,
el cual es Dios verdadero.
Bájate á orilla del rio,
y encontrarás al momento
un ermitaño, y él mismo
te dará los documentos
favorables á tu alma,
para que ganes el cielo;
con esto quédate en paz,
y desaparece luego.
Mirando aqueste prodigio,
de gozo el Gigante lleno,
sin detenerse se parte,
y dentro de breve trecho,
encontrando al ermitaño,
le contó todo el suceso.
Ocupóse allí el Gigante
en pasar los pasajeros
sobre sus fornidos hombros
por aquel rio soberbio.
Así pasó muchos dias,
siempre imaginando atento,

y pensando discursivo
solo en el Dios verdadero.
Y estando un dia en su choza,
oyó decir: Cananeo?
Con presteza se levanta
por si es algun pasajero;
y en la puerta de la choza
encontró un Niño tan bello,
que un querubin parecia
bajado del mismo cielo,
con su túnica morada,
vestido á lo Nazareno.
¿Quién eres, Niño? le dice.
¿A dónde vas, Niño tierno,
tan hermoso y tan bizarro,
que entre volcanes de fuego
se me abrasa el corazon,
y no se la causa de ello?
Dijo el Niño: si me quieres
pasar el rio, prometo
pagarte con el amor
que se coloca en mi pecho;
voy á buscar á mi Padre,
que vive de aquí muy lejos.
Subióle al hombro el Gigante,
y dentro de poco trecho
le pareció que se hundía
de su valor el cimiento.
Entre sudado y confuso,
le dice: Niño ¿qué es esto,
que es tanto el peso que tienes,
que los dos pereceremos
en las soberbias corrientes
de este terrible elemento?
Cuanto mas anda mas pesa.
Y dice ya sin aliento:
¡Cristo, valme, y lo que pesas!
Y entonces el Niño bello
le responde: ese es tu nombre,
porque desde hoy pretendo,

que te apellides Cristóval,
y que seas misionero
de mi ley, Cristóval mio,
para que vengas al cielo;
y sabe que yo por tí
la vida dí en un madero,
y que soy el mismo Dios,
á quien buscas con tal celo.
Predica mi ley sagrada,
al Rey y á todo su pueblo,
y vendrás á poseer
el palacio real del cielo;
coronado de laureles,
de tus trabajos en premio.
Con esto quédate en paz,
y descendiendo ligero
de los hombros de Cristóval,
desapareció de un vuelo,
dejando maravillado
á esta montaña de nervios.
E hincándose de rodillas
con humilde rendimiento,
maravillado decia:
¡ qué es lo que me pasa, cielos!
y proseguia: ¡ ay mi Dios,
y qué prodigios son estos!
Y animado de la gracia,
con mas varonil esfuerzo
esclamaba: viva, viva
el Autor del universo;
viva la ley de Jesus,
viva el hermoso portento,
que por libertar mi alma
dió su vida en un madero.
Viva el real Estandarte,
viva la llave del cielo,
viva María sagrada
Madre del divino Verbo;
viva la Esposa divina
del Santo Espíritu excelso.

Viva el Padre soberano,
viva el Hijo sempiterno,
viva el Espíritu Santo,
viva la corte del cielo.
Al momento se levanta,
y va á la choza ligero,
y le dice al ermitaño
estas palabras muy tierno:
adios, amada compañia,
adios, dulce compañero,
que me voy á predicar
la ley del manso Cordero.
Todo lo que le pasaba
le refiere por extenso,
dándole del hospedaje
finos agradecimientos.
Muy alegre el ermitaño
le anima á seguir su intento,
y le encarga no le olvide
delante del Sér supremo,
pues creía, que ceñido
de laurel, iria á verlo
muy en breve, y que tal dicha
la envidiaba su deseo.
Tiernamente se despide,
le abraza con brazos tiernos,
y Cristóval se partió
á proseguir su buen celo.
A la ciudad se encamina,
en donde lo dejaremos
predicando á los gentiles
la ley de Dios verdadero,
y de mentidas deidades
afeando el vil obsequio.
Y en otra segunda parte,
si me lo permite el cielo,
ofrezco finalizar
la vida del Cananeo,
suplicando al auditorio
disimule mis defectos.

SEGUNDA PARTE.

Dase cuenta, como por orden de Jesucristo fue á predicar á los gentiles, convirtiendo á cuarenta y ocho mil personas; despues fue martirizado, y en su muerte se convirtió el Rey con ochenta mil personas de su reino; con otras particularidades que verá el curioso lector.



Ya dije en la primer parte, noble auditorio discreto, como Cristóval quedaba predicando muy contento de Cristo la ley sagrada: dentro pues de breve tiempo, con ardor y celo ardiente convirtió de todo el pueblo á cuarenta y ocho mil personas de entrambos sexos. Llegó la noticia al Rey, y con gran rabia y veneno, solícito y cuidadoso al punto mandó prenderlo. Cristóval cuando lo supo se fue al palacio derecho, y comenzó á predicarle sin temor y sin recelo. Vido un altar adornado, y á Júpiter puesto en medio: le cogió de la cabeza, y con varquíl esfuerzo

allí lo hizo pedazos, y lo derribó en el suelo. El Rey dijo: ola, prendedle, que ya es mucho atrevimiento el ultrajar á los dioses sin contenerle el respeto de mi persona real. Al instante obedecieron del Rey todos los ministros y soldados, acudiendo de todas armas ceñidos, con valeroso denuedo. Aquí empiezan las fatigas, ahora empiezan los tormentos. Pero ¡ó supremo Señor! que cuando á prenderle fueron, al prendimiento imitaron de Jesucristo en el huerto, pues se quedaron turbados cuando delante estuvieron. En fin, Dios les dió licencia, y á Cristóval lo prendieron:

métenlo en un calabozo
muy lóbrego y muy horrendo:
y al cabo de pocos días
el Sacerdote del pueblo
dijo al Rey que argüiria
solo con el Cananeo.

*Lo sacan de la prision,
y en presencia del Rey puesto,
el Sacerdote arguyó*
con nuestro gran misionero.

Le saca mil falsedades,
le propone mil enredos,
diciendo que Jesucristo
no es Hombre y Dios verdadero.

Cristóval enardecido
le dijo: Cristo es el Verbo
que se encarnó en las entrañas
de María, y fue esto hecho
por obra y gracia del Santo
Espíritu, concurriendo
el Padre Eterno, y nació,
dejando aquel cláustro ileso,
y al fin murió en una cruz,
por librarnos del infierno.

Cristo viva y Cristo reine,
Dios y hombre verdadero,
y por Cristo pasará
mil fatigas y tormentos.

Al oír estas palabras,
un ministro airado y fiero
á Cristóval le tiró
un bofetón: ¡qué tormento!

Mas Cristóval lo sufrió
con el semblante risueño,
imitando al mismo Cristo,
cuando aquel Malco soberbio
le dió tan gran bofetada
en casa de Anás perverso.

Mandó el Rey con gran soberbia,
que amarrándole á un madero,

le dieran tantos azotes
que se lo dejarán muerto.

Obedecen el mandato,
y con impiedad le dieron
mas de cinco mil azotes.

Pero ¡ó permission del cielo!
que cuando azotado estuvo,
delante del Rey lo volvieron,
las manos atrás atadas,

y una soga atada al cuello,
sin tener señal alguno
del castigo que le dieron.

El Rey se maravilló,
en altas voces diciendo:
justicia, Júpiter mio,
que este hombre es hechicero.

Vayan, y sin detenerse,
una corona de hierro
hecha áscua han de traer,
y pónganla en su cerebro.

Al punto lo ejecutaron:
pero ¡ó sacro Rey del cielo,
que quisisteis que Cristóval
os imitase hasta en esto!
Mas viendo el malvado Rey,
que no le agraviaba el fuego,
rasgando sus vestiduras,
despedazándose él mismo,

dice: llevad esa fiera,
y sujetadla á un madero,
y asaetearlo allí;

y sino es bastante esto
para que acabe la vida
á los filos de un acero
le cortareis la cabeza
para que acabe mas presto:
que me voy á aquel balcon,
desde donde quiero verlo.

Lo ejecutaron así,
y salieron los flecheros,

para quitarle la vida
á este segundo Cordero.
Le apuntan con la ballesta,
y salió la flecha huyendo
derecha á pegar al ojo
del Rey que lo estaba viendo.
Con mas soberbia que nunca,
se levantó, echando fuego
por la boca, y por ojos
centellas de vivo incendio.
Arrojóse con la espada,
para darle muerte él mismo;
mas al levantar el brazo
(¡ó maravilla, ó portentó!)
de la guarnicion se sale
la hoja, ella misma huyendo,
por no ofender á Cristóval,
que aun de morir no era tiempo.
Y viendo el Rey que no halla
para Cristóval tormento,
manda que en unas parrillas
le pongan, y enciendan fuego,
para que muera abrasado.
Mas ¡ó prodigio supremo!
despues de tantos martirios
hasta el fuego tuvo miedo,
que se apagó de improviso,
sin ofenderle en un pelo.
Y echada ya la sentencia
del supremo Rey del cielo,
que el laurel y la corona
prevenidos tiene á un tiempo,
le dió licencia á la muerte,
y á Cristóval le dió esfuerzo.
Por segunda vez lo vuelven
á amarrar en un madero,
entre dos santas mugeres,
que con él por Dios murieron.
Pero el famoso Cristóval
alzó los ojos al cielo,

ardiendo en amor de Dios,
estas palabras diciendo:
poderoso Redentor,
humilde y manso Cordero,
que con tu sangre preciosa
redimiste el universo,
perdonadlos, que no saben
lo mismo que están haciendo;
á vos ofenden, por falta
de la luz del Evangelio.
No es lo que siento el morir;
lo que siento, amado Dueño,
es no morir como vos
enclavado en un madero:
aunque tambien como vos
con ignominia fui preso,
cinco mil y mas azotes
en la columna me dieron,
y por pareceros mas,
la corona me pusieron.
No siento, no siento nada
de todos estos tormentos,
pues por mí pasasteis mas,
Redentor y amado Dueño;
muero gustoso por ir
á gozar de vuestro reino.
Con esto le dan un golpe
con un cuchillo en el cuello,
rasgando sus blancas carnes,
las venas sangre vertiendo,
entregó el alma dichosa
en manos del Rey del cielo,
que gozoso la esperaba
para darle el lauro eterno.
Bramó el mar, tembló la tierra,
el sol hizo mil estremos,
y arrojando gruesas peñas,
los montes se destruyeron.
Entre ráfagas y nubes,
con sonoros instrumentos,

dos Angeles muy hermosos
se vieron bajar del cielo,
con la palma y la corona,
que en sus sienas le pusieron.
Mas esto no fue bastante
para aplacar lo soberbio
del Rey, que con mayor rabia
se fue á Cristóval derecho,
para beber de la sangre
que están sus venas vertiendo.
Pero ¡ó poderoso Dios,
y qué pasmoso portentol
pues apenas llegó el Rey
á tocar el coral terso,
la flecha se le cayó,
sin hacerle movimiento
de herida, y se encontró sano.
Y reconociendo el yerro,
en altas voces publica:
viva, viva el Cananeo,
viva el Apóstol de Licia,
viva el hermoso portento

de Cristóval; viva Cristo,
vivan los sacros misterios
de la fe divina y santa,
viva el Dios de tierra y cielo.
Mandó que por las ciudades
que sujeta su gobierno,
observen la ley de Cristo,
y asimismo todo el pueblo
dice: viva Jesucristo,
que es solo el Dios verdadero.
Viva la Iglesia sagrada;
y entonces se convirtieron
mas de ochenta mil personas,
que á Jesucristo siguieron.
Ya pues, Apóstol famoso,
que por tan superior celo
os encontrais colocado
en el palacio supremo,
alcanzadnos del Señor
gracia, y que despues logremos
con vuestro favor y ayuda
subir triunfantes al cielo.

FIN.

VALENCIA.

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24, donde se han
llarán otros diferentes, comedias, autos sacramentales, entremeses,
historias, y demás titulos de retacería.*